

AGENDA CIUDADANA

FUNDAMENTALISMO: ¿MARCA DEL SIGLO XXI?

Lorenzo Meyer

El Rasgo de una Época.- Lo deseable sería que a la pregunta que da título a este artículo se pudiera responder con un rotundo no, que la marca del siglo tendría que ser la democracia y el esfuerzo político por resolver a nivel planetario los problemas fundamentales de la ecología, las pandemias y el hambre. Sin embargo, y aunque el grueso de la humanidad no lo deseé, éste ha resultado ser el tiempo del choque de los fundamentalismos, ese es el tambor a cuyo compás marcha el sistema político internacional.

Las dos guerras mundiales fueron el sello de la política internacional en la primera mitad del siglo pasado y la Guerra Fría lo fue después. El inicio del siglo actual pareciera destinado a que lo marque la violencia generada por los fundamentalismos. De un lado se encuentra el nacionalismo de los neoconservadores cristianos norteamericanos que hoy están en control de la política de su país, herederos legítimos de los fundamentalistas protestantes. Por el otro, se encuentran los extremistas islámicos que le han declarado la guerra a Estados Unidos, acusándolo ni más ni menos que de buscar la destrucción de la esencia del Islam para favorecer la implantación en el Oriente Medio y en el mundo islámico en general, de regímenes laicos y dependientes o al menos cercanos a Estados Unidos y a sus principales aliados, en particular a Israel.

En Estados Unidos el presidente George W. Bush y su círculo íntimo, sobre todo el vicepresidente y el secretario de Defensa, son la personificación misma del fundamentalismo imperial norteamericano. En el extremo opuesto, Osama bin Laden y el grupo directivo de Al Qaeda, juegan el mismo papel, movidos por el resentimiento acumulado en el mundo árabe en especial y del islámico en general, en contra del Occidente

cristiano, materialista e impositivo en extremo, en particular por lo que se refiere a Israel. El resultado es la guerra abierta entre ambos, una guerra que se libra sin tomar en cuenta fronteras y donde los medio principales son el terrorismo y el contraterrorismo, y que afecta a todos pues, a querer que no, todos tienen que tomar partido y limitar sus opciones.

Definición.- “Fundamentalista” y “fundamentalismo” son términos que hoy se usan con frecuencia pero no necesariamente con plena conciencia de su significado. En principio, los calificativos se refieren a movimientos conservadores y milenaristas, que surgieron en el seno del protestantismo norteamericano a fines del siglo XIX y principios del XX. Nacieron en oposición a los procesos de modernización, moderación y laicismo; los fundamentalistas rechazaron la interpretación moderna de las escrituras en favor de una anterior y literal, donde, por ejemplo, no hay lugar para las teorías como la de la evolución de Darwin. Por su parte, en el Islam se desarrolló una visión equivalente, aunque de data más reciente: la segunda mitad del siglo XX. Se trata, de una visión que favorece también una interpretación literal y muy conservadora de las enseñanzas del Profeta y que reclama la autoridad política para los líderes religiosos y niega la legitimidad de los regímenes laicos. Este intento de retornar a los principios básicos se mezcla con un gran resentimiento frente al colonialismo o hegemonía de Occidente y contra la sociedad consumista, laica y corrupta favorecida por líderes árabes occidentalizados –esa fue la razón del asesinato del presidente de Egipto Muhammad Anwar el Sadat en 1981 o de la salvaje lucha desatada por los grupos religiosos contra el gobierno en Argelia, por ejemplo-- y contra la pérdida de la importancia relativa de los países árabes en el sistema internacional. En fin, que fundamentalista es toda interpretación literal de los “textos sagrados” como reacción a la modernidad y al cambio.

El Método.- En la lucha entre el poderoso y el débil, este último ha buscado con frecuencia métodos no ortodoxos para compensar su debilidad, asumiendo como inevitable un gran daño a terceros. Así, muchas insurgencias en vez de acudir a la guerra abierta optaron por la guerrilla. Hoy la guerrilla como la forma preferida de lucha de las minorías radicales, ha sido reemplazada por el terrorismo, pues requiere menos efectivos y da más opciones.

El terrorismo es un fenómeno antiguo y lo mismo ha sido empleado por el Estado contra la oposición que viceversa. Al final del siglo pasado, con el avance de las prácticas democráticas como forma de resolver pacífica y civilizadamente los conflictos básicos, los terrorismos de Estado o de minorías opositoras, parecían ir de salida. Así, los nacionalistas irlandeses finalmente debieron renunciar a sus aborrecibles tácticas en tanto que los vascos de ETA que aún las practican, se encuentran cada vez más aislados de su propia sociedad. Sin embargo, en el choque de los palestinos con Israel, del Islam radical con la superpotencia cristiana de Norteamérica, de los insurgentes chechenios con Rusia, el terrorismo ha surgido como el medio con que las minorías que no pueden enfrentar directamente a su adversario poderoso, le hacen la guerra. La respuesta es el contraterrorismo de los estados, que inevitablemente y aunque se niegue, tiene un elemento de terror puro. Ambos instrumentos de lucha, particularmente crueles, son los medios privilegiados de la guerra que hoy está cotidianamente en la primera página de los diarios y en la vida de millones.

Fue hace tres años, cuando en un acto suicida, tres aviones comerciales fueron estrellados contra otros tantos edificios simbólicos de la única superpotencia en el sistema mundial, Estados Unidos. De esa manera el terrorismo, por voluntad de quienes lo practicaron, se colocó en el centro de la agenda de la política mundial. En efecto, fue a raíz

de lo acontecido el 11 de septiembre del 2001 y sus tres mil muertos, que Washington se declaró formalmente en guerra a nivel mundial contra Al Qaeda y el terrorismo en general. Con la masacre cometida hace poco más de dos semanas por un comando suicida contra una escuela en el Caucaso, y donde perecieron trescientas personas, la mitad niños, el gobierno ruso también declaró la guerra a los terroristas en cualquier parte donde se encuentren que, en términos prácticos, eso puede significar hasta regiones relativamente lejanas a donde se han ido a refugiar los chechenios, como es la República de Georgia.

¿A Dónde Vamos?.- Gracias a las comunicaciones globales instantáneas, casi todos los que hemos querido hemos podido ser testigos, en tiempo real, de la forma en que el terrorismo y la reacción en su contra están marcado el inicio del siglo XXI. Vimos el espectáculo dantesco de la caída de las Torres Gemelas en Nueva Cork y luego la destrucción efectiva del régimen talibán en Kabul así como las duras condiciones de los prisioneros supuestamente talibanes en Guantánamo. Hemos sido también testigos de los resultados de los ataques suicidas de Hamas en contra de autobuses urbanos en Israel y de la respuesta inmediata y contundente del ejército judío contra objetivos en las poblaciones palestinas. Compartimos la angustia y el horror de los habitantes de Beslan, en Osetia del Norte, ante las consecuencias de la toma de 1,100 personas en la Escuela n° 1 por enmascarados presumiblemente chechenios, pero desde antes habíamos visto las escenas de desolación y destrucción creadas por el ejército ruso en su intento por aplastar a los insurgentes de Chechenia. En fin, no es imposible suponer que en el momento de hacer la lectura de este artículo, acabe de ocurrir o esté por ocurrir, un nuevo ataque suicida en algún lugar de Irak, sea contra las tropas de ocupación o contra autoridades del gobierno provisional impuesto ahí por Estados Unidos. Desde luego a la acción insurgente

corresponderá la reacción de los helicópteros o los blindados norteamericanos. El círculo del horror es casi perfecto, y lo que es peor, sin alternativa clara.

Además de la indignación ante el espectáculo que ofrece este inicio de siglo enmarcado por el terrorismo y en contraterrorismo, lo desesperante es que, al menos en el corto plazo, no hay ninguna salida clara del callejón a donde hemos llegado. Y la situación se va a agravar antes de que realmente pueda empezar a mejorar.

Hay cierto tipo de problemas políticos que, una vez que se desatan, ningún actor o grupo de actores pueden resolver, apenas si pueden aspirar a contenerlo o administrarlo en espera de que el tiempo cambie las circunstancias que los originaron. Y la llamada por unos “guerra contra el terrorismo” y por otros “lucha contra los nuevos cruzados” o contra la destrucción de la nación palestina o chechenia, es justamente uno de estos casos.

Woodrow Wilson, unos años antes de llegar a la presidencia en 1913, consideró que su país tenía asignada una misión muy especial: “poner a todas y cada una de las naciones del mundo bajo la tutela de América”, es decir, de Estados Unidos. Un siglo más tarde, esa nación se ha convertido en la única superpotencia y pareciera estar más que dispuesta a reordenar y tutelar según su propia y fundamentalista visión del mundo, a la zona políticamente más conflictiva del planeta y rica en petróleo: el Medio Oriente. Es por eso que George W. Bush decidió atacar a Irak en el 2003 y justificó su acción como parte de su guerra contra los terroristas. Según el presidente norteamericano, el propósito de controlar directamente a Irak era eliminar las armas de destrucción masiva que supuestamente había acumulado ilegalmente ese país y con las que amenazaban al mundo. La antigua Babilonia fue ocupada sin gran problema aunque no se encontró ni rastro de las armas ilegales ni tampoco pruebas de una relación significativa entre el régimen dictatorial pero laico de Saddam Hussein y Al Qaeda.

En contraste y según la declaración del día 15 de este mes del Secretario General de Naciones Unidas, esa acción norteamericana en Irak fue contraria a las normas del derecho internacional y, lo que es peor, desató a todos los demonios que ya existían ahí. Irak era una colección de comunidades en convivencia precaria pero hoy es una sociedad que vive en la anarquía y en la inseguridad total. Un informe de los servicios secretos norteamericanos vaticina que no hay forma de lograr en el futuro previsible de Irak una estabilidad real y que, en cambio, la guerra civil es ya una posibilidad muy alta, (The New York Times, 16 de septiembre). Hoy Irak es lo que no era antes del 2003: un campo extraordinariamente fértil para que una mezcla de nacionalismo con islamismo militante enfrente directamente a Estados Unidos y alimente aún más el resentimiento del mundo islámico contra Washington y contra Occidente y justifique el terrorismo como un medio legítimo de autodefensa.

En el caso de la lucha entre israelitas y palestinos por una tierra ya muy regada con sangre, tampoco hay salida próxima. Los palestinos tienen el derecho y la intención de seguir exigiendo la construcción de un Estado autónomo y viable y tienen a la demografía de su parte. Pero Israel considera que su seguridad le exige sostenerse en posesión de tierras tomadas a los palestinos y mantener a éstos, como conjunto, controlados y dominados. Una y otra vez la posibilidad de un arreglo palestino-israelí se ha visto descarrilada por las facciones radicales de ambos lados y la mala convivencia se desarrolla entre murallas, ataques suicidas y represalias igualmente brutales. Los años pasan y todo sigue igual.

En el caso ruso, resulta que en busca de su autonomía, los chechenios lo mismo se han enfrentado a los zares que a los comunistas y a sus actuales sucesores. Durante la II Guerra Mundial, la población chechenia fue deportada por Stalin a Kazajstán (1944) y sólo pudieron retornar en 1957. Con la desaparición de la URSS en 1991, la demanda de independencia de Chechenia resurgió; fue una demanda nacionalista mezclada con

fundamentalismo islámico y que tuvo el apoyo material e ideológico de organizaciones islámicas externas. Para diciembre de 1994 ya se podía hablar de la guerra chechenia, una guerra que para 1996 el ejército ruso casi había perdido. En el 2000 los rusos volvieron a la ofensiva y el régimen talibán de Afganistán dio su apoyo a los insurgentes; en ese conflicto rusos y chechenos recurrieron por igual a los instrumentos del terror.

En Conclusión.- Por ahora un siglo XXI democrático, civilizado y dedicado a enfrentar los grandes y urgentes retos de un mundo globalizado como nunca antes, se queda como posibilidad archivada mientras los fundamentalismos se enfrentan en una lucha tan bárbara como absurda, y donde nadie da ni pide cuartel.